

PIKOLO

Colección dirigida por Maribel G. Martínez

Cubierta: Jokin Mitxelena

Primera edición: Septiembre 2010

Edición original en euskera: Alberdania 2008

© 2008 Patxi Zubizarreta & Jokin Mitxelena

© para el español: Lóguez Ediciones 2010

Ctra. de Madrid, 128. Apdo. 1. Teléf. 923 138 541

37900 Santa Marta de Tormes (Salamanca)

www.loguezediciones.es

ISBN: 978-84-96646-55-1

Depósito legal: S. 896-2010

Printed in Spain

Gráficas VARONA, S. A. Polígono "El Montalvo", parcela 49

37008 Salamanca

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Papel ecológico

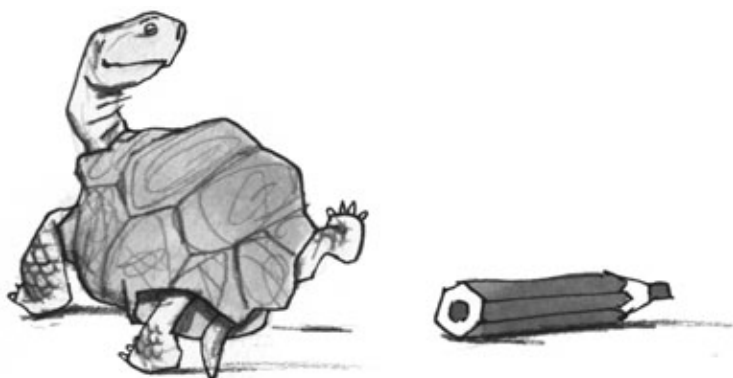
Patxi Zubizarreta

PIKOLO



Ilustraciones de Jokin Mitxelena
Traducido del euskera por Ángel Erro

Lóguez



1. *Pikolo*

–Lleva siempre la cabeza bien alta y nunca bajas la mirada.

Eso es lo que me ha dicho mi padre esta mañana, al dejarme en la puerta de la escuela. Pero después, en clase, me ha dado vergüenza y he bajado la cabeza. Eso ha sido cuando el maestro me ha presentado.

–Hoy tenemos a un alumno nuevo: Manuel. Espero que seáis simpáticos y amables con él.

Entonces he visto a un montón de chicos y chicas delante de mí, igual más de diez más diez, y he sentido vergüenza, y también nervios. Entonces me ha costado mucho llevar la cabeza bien alta y no bajar la mirada.

El maestro me ha sentado con Joseba, Estibaliz y Eba, y yo he alucinado con sus nombres, y con los nombres

de todos los demás. Mis compañeros de clase en Cáceres tenían nombres normales: Lucía, Pedro, Rocío... Pero los niños de aquí tienen todos unos nombres rarísimos: Aitziber, Maialen, Markel...

–Tu nombre en euskera es Imanol –me ha dicho Eba, con una sonrisa, cuando me he sentado en su pupitre.

De todas formas, cuando suena el timbre para ir al recreo, los alumnos de Larrañeta bajan al patio igual que los de Cáceres, quiero decir que bajan a todo correr y metiendo bulla. Pero el patio de esta escuela es más pequeño que el de allí. Bueno, a decir verdad, toda la escuela es más pequeña. Y voy a decir tres cosas sobre lo que me ha pasado y he visto en él:

☞ Una:

Al principio me he quedado sorprendido. En el patio los niños corrían de un lado a otro, y yo veía más de un balón volando por los aires. Pero me he dado cuenta enseguida.



Como el patio es tan pequeño, juegan dos partidos a la vez. En frente de la puerta de la escuela, hay dos canastas de baloncesto: una, justo delante de mí, y, en el otro lado, la otra. Pero, a la izquierda de la puerta del colegio, hay una portería de fútbol; y a la derecha, otra.



No sé si me explico. Por ejemplo, quiero decir que al sur y al norte hay dos canastas; y al este y al oeste, dos porterías. Como en una brújula. Y que los chavales jugaban, repartidos en cuatro equipos, dos partidos al mismo tiempo: delante de mí, dos equipos al baloncesto; y otros dos equipos, de izquierda a derecha, al fútbol. No sé si me



explico. La cosa es que había un cacao morrocotudo y que a veces había un topetazo, o los dos balones se chocaban, y tenían que volver a empezar el partido, o a veces algunos niños se insultaban y se peleaban.

☞ Dos:

Al principio estaba bastante solo. No sabía qué hacer y me he quedado mirando los partidos y, en general, toda la escuela. Pero, de pronto, he visto un tejadillo, un alero; no, mejor dicho, he visto dos balones y tres pelotas que se habían encajado ahí. Y he pensado que seguramente habría más entre las tejas.

Me he puesto a mirar bien. Sí, me ha parecido que, si me subía a un árbol cercano, saltaba al canalón del tejado y hacía un poquito de escalada, podría recuperar los esféricos.



En el primer intento, me he resbalado por el tronco, porque era muy liso. En el segundo, he subido más alto, aunque luego me he vuelto a resbalar. Pero a la tercera, me he esforzado un poco más y he conseguido alcanzar el canalón desde la rama. Igual es porque mi madre me llama “mi ardillita”; o igual, porque Eba, con sus largas

trenzas rubias, me miraba atentamente desde abajo. Después, he levantado la pierna derecha, como un escalador o como un bailarín, más alto y más alto, y antes de darme cuenta ya estaba sobre el tejado. He encontrado seis balones y cinco pelotas. Y Eba seguía abajo sin quitarme ojo de encima, con sus pupilas que son de color verde claro.



-¡Los balones! -ha dicho un niño-. ¡Hemos recuperado los balones! -ha seguido diciendo, pero, recuperar, lo que se dice recuperar, los he recuperado yo, pero da igual, y he estado a punto de caerme, pero al final no me he caído.

Y he lanzado hacia arriba los balones y las pelotas, y todas han caído a la vez, como una lluvia. Sus dueños los han cogido y todos los niños han empezado a aplaudir y yo me he sentido un poco como un superhéroe, aunque sólo se han acercado dos niñas a darme las gracias.

☞ Tres:

Luego también se me ha acercado un niño con otros dos niños, pero no para darme las gracias...

-¿Sabes con qué palabra rima “mongolo”? -me ha preguntado, como si fuera el maestro. Y ha lanzado hacia el cielo, muy bien y muy alto, el diábolo que llevaba en las manos, y yo he levantado la cabeza y la he vuelto a bajar, a la vez que el diábolo.



-Con “diábolo”-es lo primero que se me ha ocurrido.

-¡Qué va! ¡Con “pikolo”! -me ha corregido-. Eso es lo que tú eres: ¡un pikolo, un pikolo mongolo! -Y sus amigos se han echado a reír-. ¡No disimules, no disimules!

Luego me ha dicho su nombre, que también era un nombre rarísimo:

-Yo soy Kepa, no te olvides de ese nombre, pikolo, ¡pikolo mongolo!

Y sus amigos han seguido riéndose, y a mí su nombre sólo me ha parecido otro nombre raro más: Kepa..., y he bajado

la cabeza, un poco avergonzado, y también la mirada, un poco con miedo. No sé qué es lo que tengo que disimular.

Yo, en esta vida, sólo he existido siete años y todavía me faltan muchas palabras. Aunque cada vez me sé más palabras. Por ejemplo, “esférico”. A mi padre y a mí nos gusta mucho el fútbol, y cuando vemos un partido por la tele, el presentador al balón a veces lo llama “el esférico”. Pero como sólo he existido siete años, todavía no conozco muchas otras palabras. Por poner un ejemplo, “pikolo”.

No sé de qué se reían esos chavales de antes. Sólo sé que a papá le gustan las canciones italianas y que a veces en sus CDs se oyen cosas como “il mio piccolo amore”, o “piccolissimo”, o “questa piccolissima serenata”, y además muchas veces. Pero yo no sé italiano, y no creo que esos niños lo sepan. Y, aun y todo, me han llamado “pikolo”, “pikolo”...

Luego, cuando he vuelto a la casa cuartel y papá me ha preguntado si he llevado la cabeza bien alta, yo le he hecho como que sí con la cabeza. Le he dicho “ajá”, como él hace. Pero no le he dicho “sí”, y eso quiere decir que no le he mentado. Tampoco le he preguntado qué significa “pikolo”. Papá últimamente no está muy de humor.

2. *Un lugar peligroso*

—Esto parece Suiza —dijo papá el domingo cuando llegamos a Larrañeta—: el lago, la montaña, los bosques... —Pero todavía no habían aparecido los jabalíes y, por eso, no mencionó a los jabalíes, que yo creo que en Suiza también los habrá.



Llegamos en coche ayer más ayer —siempre me armo un taco con si hay que decir “pasadoayer” o “anteayer”—. Si hubiésemos venido montados en un cohete, habríamos llegado a toda pastilla, pero vinimos en coche, y venir en coche desde Extremadura es un viaje muy largo y yo me dormí a ratos. Igual que mi tortuga Manolo y mi peluche Capirote.

De pronto, vi una señal de tráfico y, loco de contento porque por fin llegábamos, me puse a leerla: E-US-KA... Pero papá no dejó que terminara EUSKADI-PAÍS VASCO.

–¡Vascongadas! –me dijo cabreado– ¡Mecagüenlapuñeta desanperiquitín!

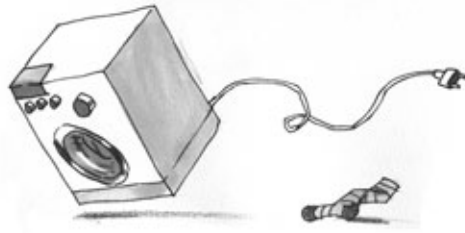
Y, como estaba bastante enfadado, no le pregunté nada. Hoy tampoco le he dicho que en el mapa de clase pone Euskal Herria. Cuatro nombres por lo menos para un solo sitio. Y tampoco le he dicho que también he mirado dónde está Suiza, y que está bastante lejos. No, esto no es Suiza y a mí no me gusta ver a papá enfadado, sobre todo cuando va sin uniforme.

Aún no conozco bien este sitio. Por ejemplo, conocía el nombre de Vitoria, pero no el de Gasteiz, que es algo que he aprendido hoy: que los nombres de las ciudades aquí se tienen que escribir como los apellidos, es decir, todo junto: Vitoria-Gasteiz. Como, por ejemplo, Pérez de Larrea, que es el apellido de Joseba; o Tolaretxipi Martínez de Marigorta, el de Eba.

No, todavía no conozco muy bien este lugar, pero por lo menos podría decir cinco cosas de él:

☞ Una:

La lavadora a veces está funcionando, brum-brum, y parece que va a salir brincando de su sitio, pero igual papá dice “Vaya, se me ha olvidado meter la camisa.



¡Mecagüenlapuñetadesanperiquitín!” y para de sopetón la lavadora y se queda como muerta, como si se hubiese ido la luz, y entonces mete la camisa y la vuelve a poner en marcha.

Pues, el domingo a la noche, veníamos, brum-brum, en el coche y papá tuvo que frenar de repente y, ¡pumba!, nos chocamos con algo y nos detuvimos en seco. Oímos unos gruñidos que daban miedo y a mí se me puso la piel de gallina y miré desde el asiento de atrás y vi unos cerdos muy, muy negros cruzando la carretera en fila, sin mirarnos ni nada. ¡Jobar! Nos habíamos parado de repente, pero mi corazón seguía haciendo brum-brum, como una lavadora.

-¡Hemos golpeado a un jabalí...! Le hemos dado un buen porrazo, pero, aun así, ha conseguido escapar. ¡Lo que nos faltaba! ¡Siempre tiene que haber alguna o...! -dijo papá, y luego también dijo:- ¡Qué sitio más salvaje!

Luego se bajó del coche y yo también quería bajarme, pero me dijo que era peligroso y que no tenía chaleco para mí. Y yo me tuve que quedar dentro con Manolo y Capirote. Asomé la cabeza pero ya no vi más jabalíes.